

REAL SOCIEDAD BASCONGADA DE LOS AMIGOS DEL PAIS
COMISION DE ALAVA



Dos siglos de prensa en Alava

Alberto Suárez Alba

EUSKALERRIAREN ADISKIDEEN ELKARTEA

ARABAKO BATZORDEA

El día 14 de Marzo de 1988 presentó su Trabajo de Ingreso como Socio de Número de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País D. Alberto Suárez Alba. El acto tuvo lugar en la Sala Luis de Ajuria.

La intervención del Sr. Suárez Alba versó sobre «Dos siglos de Prensa en Alava», siendo presentado el nuevo Socio de Número por el Amigo Luis Angel de Apráiz y Oar.

La Presidente de la Comisión de Alava de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, D^a Rosa María Agudo Huici, impuso la Medalla de la Sociedad al Sr. Suárez Alba.

Dos siglos de prensa en Alava

**Presentación que hace LUIS-ANGEL APRAIZ OAR
del nuevo Socio de Número, ALBERTO SUAREZ ALBA**

Aquí tenemos, en expresión últimamente popular, a un «viejo rockero» del Periodismo gasteiztarra.

El Periodismo vitoriano es, para mí y para tantos de los que aquí estamos, entrañable entramado cultural de nuestra Atenas del Norte que forjaron en su primera época los celeberrimos Francisco Juan de Ayala, Ricardo Becerro de Bengoa, el ilustre patricio alavés Ramón Ortíz de Zárate, y otros...

Quiero recordar también a otros periodistas que ya no están entre nosotros, y que hemos conocido, como Javier Landáburu, Manuel Ibarondo e Hilario Dorao, así como a los queridos amigos a los que tenemos la satisfacción de extender nuestra amistad como Carlos Pérez Echevarría, Felipe García de Albéniz, Pedro Morales o Venancio... del Val, por supuesto.

De todos estos ilustres nombres ha sido sucesor Alberto, a quien conocí en primer lugar por el nombre que aparecía en sus primeros artículos, que me resultaba muy familiar por su hermano Enrique (g.b.), que colaboró primero con mi padre y luego conmigo en las restauraciones de nuestro Casco Gótico.

Un día veo la fotografía de Alberto en la Prensa, del brazo nada menos que de Debbie Reynolds. ¡Ah!, pero si es ese chaval que pasea por la calle Dato con una pluma en el sombrero... como el flautista de Hamelin...

Periodista activo y agresivo en el más positivo sentido de la palabra. Mi padre, cuando hablaba de su época de joven periodista, presumía de ser como un Yale, el periodista de moda de entonces, o... como un Alberto Suárez Alba.

El historial de Alberto es tan extenso e intenso que necesitaría de otra conferencia, así que voy a resumirlo, aparte de que en líneas generales es de todos conocido.

Empezó en 1961 como redactor de «Pensamiento Alavés», pasando en 1963 a «La Gaceta del Norte». Recuerdo perfectamente aquella época, pues estaba «La Gaceta» en la calle de los Fueros, frente a mi casa. Cruzaba yo la acera y llevaba mis colaboraciones sobre temas urbanísticos con Javier Añúa y los atléticos y natatorios con «El Chato» Larramendi, con la complacida anuencia del jefe. ¡Muy amable, Alberto!.

Dirige el semanario «Vesa» desde 1965, y cuatro años después es Jefe de Información Local de «Norte Expres». Jefe de Sección de la «Gaceta del Norte», en 1975, y Redactor-Jefe, en 1979, en Bilbao, llegando a Director en 1982.

Es corresponsal..., en «ABC», «Hoja del Lunes», Radio Nacional, «La Vanguardia», «Blanco y Negro», «Posible», «Ya», «Madrid», «Vida Vasca», Associated Press, Europa Press, Colpisa...

En estos datos oficiales, echo yo de menos una colaboración de la que guardo gratísimo recuerdo. Me refiero a la revista satírica deportiva «Barrabás».

Este chico no para, ni, lo que es más importante, va a parar.

Hoy ejerce de responsable y fundador del gabinete «Consultores de Comunicación e Imagen», que con sede en Vitoria opera en la totalidad del País Vasco.

Es licenciado en Ciencias de la Información (Rama Periodismo), técnico en Relaciones Públicas y Miembro del Instituto Internacional de Prensa.

Dicho todo ésto, que es mucho y bueno, me parece lo más interesante de Alberto su esfuerzo titánico porque Vitoria recupere el tener Prensa propia. La tiene por duplicado hasta Soria, con la décima parte de habitantes que Gasteiz.

A nuestra Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, contra la fama que se le haya podido achacar de historicista, lo que más le interesa es el futuro de nuestro pueblo. Así pues, este tema tan trascendental de la posibilidad de que Vitoria-Gasteiz tenga su propia Prensa me parece de primera magnitud.

Alberto ha luchado y sigue luchando por ello. Nos lo va a contar. Oigámosle.

DOS SIGLOS DE PRENSA EN ALAVA

Alberto Suárez Alba

Arratsalde on, adiskideak!.

Orain dela urte bat, gutzi gora behera, Merkatal eta Industrial Ganbarako erakusketa gelan, gure laguna, nere lagun maitea Ceferino Zulaica euskeraz bota zuen, indarrez eta dezizioz, bere hitzaldia Euskal Herriko Adiskideen Elkartearen sartzarakoan osoko bazkide bezala.

Harrituta utzi ninduen eta berarekin komentatu nuen, zorionak esan eta besarkada eman nionean. Ceferinok besterik gabe, euskera ikasi zuen. Momentu hartan, berbera egitea proposatu nitzen, horrela, beste helburu batzuen artean, euskara txarra baino hobe bati aurre egitea gutzionez hasierako minutuetan pentsatu nuen. Aukera bakarra nuen, euskaldun bat bihurtu egiten denean bere eta gure herrialdeko lagunean.

Nere laguna Zulaica, partida hau irabazi dit; nahiz eta nere asmo on guztiak jarri, hitzegiten ari zaizuen arabar hau, bat ere ez seazkaz euskaldun, ez du lortu aprobado batetik pasatzea lehenengo mailan. Ikasgaiak hartu ditut. Orain zuei hitzaldi oso batean, euskaraz zuzendu ezin daiteken euskaldun berri modest batean konbertitu naiz. Bigarren dibisioko euskaldun berri hau, inbidia sentitzen du eta betidanik sentitu izan du, gure lehendakaria, Rosa Mari Agudo Huici, euskera bikain batean mintzatzen denean, eta baita entzuten dudanean, gure idazkariari, Miren Sanchez Erauskin, gure arbasoen hizkuntza asimilatzen pasa duen denboraren emaitza logikoaz ahal duen bezala berbera egiten.

Barka nazue, mesedez. Gaztelera bakarrik hitzegiten den lekuan jaio izan zen euskaldun bat naiz, hobeto esanda arabar bat. Ez dut euskara edoski, baina zin egiten dizuet, euskara errespetatzen dudala eta baita bihotz bihotzetik maite. Ezin dit erabili nere hitzaldian baina berriro ere zin egiten dizuet hobetu eta iraungo dudala. Espero dut, nohiz bait nere euskara aberatza eta jarioa izan dezala. Baina, gaztelera jarraitu behar dut...

¡Buenas tardes, queridos Amigos!.

Hace aproximadamente un año, en el salón de actos de la Cámara de Comercio e Industria de Alava, nuestro Amigo, mi querido Amigo Ceferino Zulaica arrancaba con decisión y fuerza, en euskera, su discurso de ingreso como Socio de Número de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.

Me dejó impresionado, y se lo comenté cuando le dí el abrazo de felicitación sincera. Ceferino, simplemente, había estudiado euskera. Y en aquel momento me propuse hacer otro tanto, para, entre otros objetivos, poder afrontar, en un euskera mejor que malo, al menos los primeros minutos de esta ocasión única en la que un vasco se convierte, oficialmente, en Amigo de su, de nuestro País.

El Amigo Zulaica me ha ganado la partida, porque, a pesar de mis buenos propósitos, este alavés nada euskaldun de cuna que os habla no ha logrado pasar del aprobado de Primero. He recibido lecciones. Me he convertido en un modesto euskaldunberri, que en estos momentos es incapaz de dirigirse a vosotros, a lo largo de todo un discurso, en euskera, y que siente envidia, y la viene sintiendo desde siempre, cuando nuestra Presidente, Rosa Mari Agudo Huici, se expresa en euskera perfecto, y cuando escucha, después, a nuestra secretaria general, Miren Sánchez Erauskin, haciendo otro tanto en cuanto puede, en un resultado lógico de todo el tiempo y el esfuerzo que han venido invirtiendo en asimilar la lengua de nuestros antepasados.

Disculpadme, por favor. Soy un vasco, un alavés, que nació en lugar donde no se hablaba otra cosa que castellano. No he mamado el euskera, pero os juro que lo respeto y lo quiero con toda mi alma. No puedo usarlo para mi discurso, pero prometo que voy a perseverar. Espero que mi euskera resulte algún día fluido y rico. Pero debo proseguir en castellano...

*«Periodismo: la profesión más hermosa del mundo»
(Albert CAMUS)*

*«Es conveniente tener miedo de las serpientes,
los tigres, los precipicios y los periodistas»
(Bertrand RUSSELL)*

Un periodista —otro periodista, porque aquí hay ya grandes y buenos compañeros— ingresa hoy, ahora, si al final de este discurso sois benevolentes, como Socio de Número, como Amigo de Número de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.

Ha habido que vivir, antes, casi dos años de vela de armas, de preparativos para esta ceremonia, cuya importancia debe saber calibrar cualquier Amigo, con Mayúscula, que ha pasado por el trance o está próximo a hacerlo. Porque la Bascongada es Sociedad importante, ente básico, motor de iniciativas provechosas para la buena marcha de este nuestro santo, sufrido, duro, complicado, bellísimo, desde luego irrepetible y magnífico País Vasco, en el que hemos nacido, hemos mamado, hemos amado, nos hemos reproducido, hemos trabajado, hemos sufrido y también hemos gozado, hemos puesto todas nuestras ilusiones, y del que, en definitiva, nunca nos hemos querido ir, y Dios mediante, nunca nos iremos; al menos, mientras se nos permita seguir en la Tierra.

«Con una confianza que no sé, a ciencia cierta, qué fundamento pueda tener, y con una fineza que me causa perplejidad, sin mérito alguno por mi parte, me habéis otorgado el honor de ocupar...». María Angeles Larrea Sagarmínaga, actual Directora de la Bascongada, añadió, como autora de esta frase: «... el viejo puesto del Conde de Peñaflorida». Lo hizo el último 27 de junio, en el acto de toma de posesión del sillón que acababa de dejarle un enorme Director de nuestra Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País: José Manuel López de Juan Abad Fernández de Labastida. Un servidor vuestro, naturalmente, no ha escalado —todavía...— tan destacadas cimas de la Bascongada, y, parafraseando a la Directora Larrea, debe decir muy sinceramente: «Con una

confianza que no sé, a ciencia cierta, qué fundamento pueda tener, y con una fineza que me causa perplejidad, sin mérito alguno por mi parte, me habéis otorgado el honor de ocupar esta tribuna, de permitirme presentaros mi discurso de ingreso como Socio de Número, de arroparme con vuestra amistad, de mostrar la generosidad inigualable de acudir a escucharme, acompañándome en este tan destacado momento de mi vida personal y profesional».

Por todo ello, con mi corazón vitoriano sobre mis manos alavesas, desde la misma esencia de mi ser vasco, debo deciros: ezkerrik asko!, ¡gracias!. En primer lugar, a vosotros, a quienes estáis ahora aquí, y al conjunto que constituye este ente que verdaderamente vive: la Bascongada. Y a quienes me invitaron, en su día, a ingresar en ella: el entonces director, López de Juan Abad; el entonces presidente de la Comisión de Alava, José Ignacio Vegas Arámburu; y Miren Sánchez Erauskin, la secretaria general en todo momento sin fatigas; y Venancio del Val, mi compañero entrañable con quien empecé a trabajar en el Periodismo alavés hace ya, ¡ay!, la tontería de treinta años..., Venancio, de quien mucho me sospecho que fue, precisamente, el directivo que presentó mi nombre cuando llegó el momento de «fichar» a unos cuantos Supernumerarios...; y el vicepresidente de esta Comisión de Alava, y gran Amigo, Juan Antonio Zárate Pérez de Arrilucea... Y la actual Presidente, Rosa María Agudo Huici, siempre fina, siempre entusiasta, siempre dinamizadora —nada dinamitadora, aunque esto tendríamos que preguntárselo a quien la conoce bien dentro de casa: Guillermo, también extraordinario amigo—, Rosa Mari..., a quien deseo agradecer de un modo muy sincero, muy personal, las palabras que me ha dedicado.

Y a quien, con su prestigio y con su verbo, como Amigo veterano en la Bascongada, como directivo de la Comisión alavesa, ha tenido la generosidad de ser mi introductor en esta solemnidad de ahora: Luis Angel de Apráiz y Oar. Como yo tenía la vaga idea de que el misacantano, en estas ceremonias, poseía el derecho a elegir padrino, medité con escrúpulo la cuestión. Me parecía apropiado, más apropiado, ser presentado por un colega de profesión. Pero luego pensé que terminaríamos casi convirtiendo esto en una tertulia de tipo profesional, aparte de que recordé, paralelamente, aquella máxima del Periodismo anglosajón que indica que «perro no come carne de perro». Decidí dejar en paz a mis compañeros, los periodistas, más que nada por tener las manos y la voz más sueltas para poder tratar hoy y aquí, con absoluta libertad y sin involucrar a nadie, sin salpicar a nadie con opiniones que a lo peor no le gustan, para poder tratar, digo, un tema que a mi profesión le concierne muy especialmente.

Y, cierta noche no muy lejana en el tiempo pero sobre todo muy próxima por sus agradables recuerdos, surgió la chispa: mi presentador-introductor-avalador-padrino no podría ser otro que el doctor arquitecto Luis Angel de Apráiz y Oar. Aquella noche, y tras la asamblea de la Bascongada en el palacio de Escoriaza-Esquível, cuando nos dirigíamos a una de las sidrerías de Armentia para rematar entre cincuenta Amigos la jornada de trabajo de esta Real Sociedad, con

Luis Angel batió el flamante Servicio de Protección Ciudadana de Vitoria-Gasteiz todos los récords imaginables, y alguno más: en principio, el otorgamiento de dos multas seguidas, una por aparcar fatal en el barrio gótico, y la otra por seguir los consejos de sus acompañantes en el sentido de que se podía girar a la izquierda para tomar la «Cuchi», decisión histórica que, no sólo le costó otra multa al doctor arquitecto Apráiz y Oar, sino que convirtió la calle Cuchillería en campo de pruebas para los infatigables, en esto sí que sí, agentes del municipio: todos los coches que marchaban detrás del nuestro (el siguiente, el del Amigo Gabriel Chinchetru, mi magnífico antecesor, hace veinte días, en esta tribuna) resultaron, al final, matemáticamente sancionados. ¡Y eso que el turismo que abría la caravana iba precisamente conducido por Luis Angel Apráiz..., el antiguo arquitecto de, precisamente, el Casco Medieval...!. Estas cosas, como está demostrado, no sólo pueden llegar a ocurrir en la vida, sino que ocurren; y estas cosas, en tal caso concreto, nos sirvieron para inaugurar una antológica tertulia gastronómica con risas, bromas y pitorreos, en Armentia, en cuyo transcurso este mi pregonero de hoy estuvo decididamente genial, e hizo gala continúa de su excepcional vitorianismo, asignatura ésta en la que los méritos de nuestro Amigo habrá que repartirlos, si queremos ser justos, con los que mostró su recordado padre, don Emilio, quien fue el mejor profesor que este nuevo Apráiz tuvo en la Arquitectura, en la Literatura —ambos han firmado magníficas páginas— y, como remate de todo, como envuelta de todo, en el amor a esta tierra de ríos subterráneos, montes envolventes, más brumas que soles, más fríos que fuegos..., tierra de agradables, sosegados y —cuando no nos los estropean— plácidos vivires.

Conservo de don Emilio de Apráiz, dedicado exactamente el 23 de marzo de 1958, cuando él era un consagrado y yo era un pibe que llevaba un par de meses iniciándome en el difícil arte de la entrevista, conservo, digo, su libro «Una visita a Vitoria», que le editó en el 51, con precio impreso de siete pesetas, la Caja Municipal. Y de su hijo Luis Angel he sabido siempre que, aunque no se hizo periodista, le corre tinta de imprenta por la venas: Julián, Odón de Apráiz..., «El Anunciador Vitoriano»...

Pensé, escuchándole hablar largamente, aquella referida noche, a Luis Angel, nieto de periodista, que él, precisamente él, tenía que ser quien hoy me trajera, ante la Bascongada, de la mano; él, con su prestigio de profesional y de gasteiztarra tan cimentado como corresponde a un consumado arquitecto.

Aceptó. Le habéis oído. Y le doy las gracias, de un modo muy especial, muy imborrable, por haber dicho sobre mí todo lo que ha dicho. Nada mejor, pienso, que el empujón cariñoso de un gran Amigo para ingresar en los Amigos del País.

CIUDADANOS DE LA «ALDEA GLOBAL»

Y entro ya en materia, en materia de discurso, para que no todo se me marche en preámbulos. Y es que los periodistas, por deformación profesional, podemos, según pinten los bastos, o simplificar y resumir con una deseable claridad los hechos, o bien marcharnos a recorrer los andurriales, adornando esos mismos hechos hasta el detalle, y probablemente hasta el aburrimiento de nuestros lectores y contertulios.

Elijo, sinceramente, la primera de esas vías, aunque a la vez compruebo, rele-yendo anteriores discursos de ingreso de compañeros de la Bascongada, que los primeros folios terminan siempre dedicados a esto mismo que no he podido ni querido soslayar: el significado del acto, el recordatorio de las personas, las impresiones profesionales y personales de media o quizá toda una vida, el capítulo —si somos bien nacidos...— de la gratitud...

Por ello, y ahora sí que de verdad, repito: entro en materia.

Y escojo un tema que me convierte, de entrada y por definición, en disciplinado y obediente socio de esta Real: un tema propio de mi oficio. Porque aquí estamos todos para «cultivar —artículo 1º— la inclinación y el gusto de la Nación Bascongada hacia las Ciencias, Bellas Letras y Artes, corregir y pulir sus costumbres, desterrar el ocio y sus funestas consecuencias y estrechar más la unidad de las provincias». Como los estatutos de nuestra Bascongada señalan —artículo 10º, y juro que es el último que cito— que los Amigos debemos emplearnos en llenar el objeto de la Sociedad cada uno en la especialidad científica, literaria, artística o social que cultivemos..., pues lo tengo muy claro: voy a exponer, como tema para este discurso, uno de mi especialidad, de esta profesión que levanta las filias y las fobias, que es a la vez censurada y admirada, que fabrica periódicos —para Hegel, «la oración matutina del hombre moderno»—, cuenta historias y hace, en definitiva, vivir a los hombres.

Repasando la Historia periodística —para entendernos mejor y para delimitar perfectamente el campo: la Historia del Periodismo impreso— de esta provincia alavesa (o, lo que es lo mismo, dado el endémico macrocefalismo gasteiztarra, de esta ciudad), iremos pasando por etapas de florecimiento, de despegue, de verdadera fuerza..., hasta llegar a un panorama actual que a muchos millares de vitorianos les hace —nos hace— saltar, de cuando en cuando, en las tertulias: una ciudad de más de 200.000 habitantes, capital de una provincia, capital, encima, también, de una Comunidad Autónoma, y para rematarlo todo de

la potente Comunidad Autónoma de Euskadi..., una ciudad, digo, que, a pesar de su pujanza y vitalidad en el mundo de los servicios y de los negocios y de la política y de la industria, no posee, en este año 1988 de los satélites, de las parabólicas, de los teletextos, de los faxes y de las pantallas por ordenador, no posee, os recuerdo, ni siquiera un humilde periódico propio, parido aquí, que llevarse a las manos y colocarse ante los ojos de sus ciudadanos.

No quiero, en este punto, polemizar más de lo necesario, ni molestar a tantos y tantos compañeros periodistas que trabajan aquí, en la ciudad de Sancho, para avanzadísimos productos informativos que, tras salir de rotativas de Bilbao o de San Sebastián, están en los kioscos vitorianos a las 4 de la madrugada y, en definitiva, pueden perfectamente ser considerados diarios locales. La profesionalidad y el vitorianismo de sus plantillas, unidos a la generosidad de medios con que algunos de tales periódicos regionales cuentan, hacen que —al menos, un servidor vuestro— existan gentes que deseen tenerlos como periódicos de aquí. Es, desde luego, tema candente, materia para otros discutible, que ya tratamos en diciembre de 1986, en el palacio de Villa Suso, en una Tertulia que yo mismo moderé para la Bascongada: «Medios de Comunicación y Libertad de Expresión» en el Vitoria de los años 50 a los 80.

Habrà tiempo, si tenéis paciencia, para volver, con más datos y detalles, sobre la cuestión. Es tema apasionante, desde luego, lo mismo que lo es, en general, la investigación sobre la Historia del Periodismo, de nuestro Periodismo. Se trata de un veneno, que te puede dejar el rostro amarillento, como de viejo papel, y la sangre convertida, como decíamos sobre los Apráiz, en tinta de imprimir. En el «I Encuentro de Historia de la Prensa», celebrado en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad del País Vasco, en Lejona, ha hecho ahora mismo dos años, le escuché al profesor Carmelo Garitaonandía opinar que «hacer Historia del Periodismo es hacer Historia total: Historia sociológica, Historia económica...», y anoté la frase, lo mismo que la que en idéntica ocasión pronunció el historiador Tuñón de Lara: «Los periódicos nos enseñan a aprender del pasado, para que el porvenir sea mejor». Manuel Tuñón añadía que la vieja Prensa, con sus testimonios de viejas libertades, nos animaba a conquistar libertades nuevas. Consejo espléndido, porque, sin libertades, toda cultura no es sino una falacia.

Incluso en estos tiempos de «aldea global», de «aula sin muros», como define Mc Luhan la civilización de los «mass media», resulta provechoso y aleccionador adentrarse por los testigos que nos aguardan, esperándonos ilusionadamente siempre, en las hemerotecas. El contraste es portentoso, ya que quedan enfrentadas las revolucionarias tecnologías de la Comunicación —la electrónica, las nuevas generaciones de satélites, los cables de fibra óptica que sustituyen la electricidad por la luz como soportes para la información...— con aquellas enterradas pequeñas y provincianas publicaciones vitorianicas, en las que aparecía como noticia hasta lo que, evidentemente, no era noticia, a saber: «Por ausen-

cia del gobernador civil, Sr. Bermúdez de Castro, nos recibió el Sr. Llamas, quien nos manifestó que no tenía noticias de interés que comunicar a la Prensa». Tiempos, aquellos, de Periodismo romántico, ingenuo, interminable en sus anécdotas: «A la Guardia Civil del puesto de Puentelarrá —leemos— fue presentada una denuncia por la vecina del pueblo de Caicedo Yuso, Paula Fontea, contra Eusebia López de Letona, del mismo lugar, por haber dejado un carro a la entrada de su casa sin tener permiso para ello». ¡Menudos problemas, ¿eh?! ¡Como los de ahora...! Los depuertas no dejaban pasar una, y sancionaban con entrañables sanciones a no menos entrañables aldeanos, por «transportar un par de pollos —sic— sin la guía de circulación reglamentaria», o por realizar tarea similar con dos docenas, ¡dos docenas!, de huevos. Lecturas de ayer que son reflejos, encontradas hoy, de por dónde marchaba la vida..., que a veces marchaba al estilo de aquellos inefables y desaparecidos «Ecos de Sociedad»: «Pasó el día de hoy en Vitoria don Mateo Llorente, que llegó de Laguardia», por ejemplo. En la aldea global del sociólogo canadiense Mc Luhan, se viaja hoy a la China y al Japón, y a veces no se enteran ni los familiares, y, desde luego, nadie se toma la molestia de intentar contárselo a un periódico. A lo peor, claro está, porque algunos piensan que es que no tenemos ningún periódico..., lo que se dice aldeanamente local.

Han volado las crónicas aldeanas, como aquella que enviaba desde Lapuebla de Labarca, en los años 30, un maravilloso corresponsal que escribía así: «Hoy han tenido lugar los funerales, asistiendo a ellos gran número de fieles, que habrán pedido a Dios Nuestro Señor le dé el descanso eterno a su alma, a lo que se ha hecho —se trataba de don Saturnino Loizaga Alcalde, si es que sois curiosos— acreedor por haber defendido con su voto en las elecciones a los que se presentaban como defensores de Cristo. Queridos correligionarios: una oración por el alma de nuestro buen amigo os pide este corresponsal». Corresponsal tan genial que seguía publicando crónicas como esta: «Ha tomado posesión de su cargo de jefe de estación de Fuenmayor, próxima a este pueblo, don Felipe Saldías García, con quien he tenido el alto honor de hablar, apreciando en la corta conversación que sostuve una prudencia exquisita, juntamente con una amabilidad grande y sincera. Bienvenido, señor jefe, y que Dios Nuestro Señor le de salud y acierto en el desempeño de su cometido».

¡Y qué decir de los anuncios, de aquellos pequeños trozos de publicidad —en definitiva, de información— que también, y tan bien, reflejan una época, un estilo de vida, y que constituyen excepcional base para cualquier estudio sociológico en profundidad: desde el artista de la brocha que pide diez pesetas a cambio de la pintura de cualquier habitación hasta la pregunta que el Baleario de Zuazo le hacía al pacífico lector: «¿Por qué va a seguir usted tosiendo este invierno, si una cura en Zuazo vuelve a la normalidad sus bronquios...?». Aunque el anuncio verdaderamente antológico que he descubierto al final de muchas horas de buceo en los archivos iba en la sección de «Palabras», y decía

así: «Necesito señorita francesa para unas horas al día. Dirigirse al Gran Hotel, habitación número 31». Mucho más insinuante y prometedor, desde luego, que el resultado en verso, ¡encima, en verso!, del estrujamiento cerebral de los técnicos publicitarios de la firma Tejada y Compañía, de Areta-Llodio:

«Con mucho misterio Inés
«Hoy nos ha comunicado:
«A José Luis ya le tengo
«Completamente chiflado,
«Porque le doy el famoso
«San Roque Jerez Quinado».

Y ahora ya con más datos, con menos sonrisas, vamos a repasar cuáles fueron, etapa a etapa, los horizontes periodísticos vitorianos del siglo XIX, y, por supuesto, de este que le ha seguido.

VITORIA, AÑO 1900: «SOLO» TRES DIARIOS

Esta vez a ser una historia, a partir de este momento, verdaderamente relativa. Porque el periodista, a fuerza de picar un poco por todas partes, termina convirtiéndose en un especialista en nada. Nos lo decía Chesterton: en gran parte, el Periodismo consiste en decirles que «lord Jones ha muerto» a personas, a lectores, que nunca han sabido que lord Jones hubiera vivido nunca. Y existe una definición francesa, sin autor, que abunda en otro tanto: «El periodista es el hombre que habla, con absoluta claridad, de cosas que él no entiende». Somos, en cierto modo, de verdad, unos irremediables insensatos. Por ello, nos han llamado de todo: desde peregrinos en los infiernos (Huxley), hasta humanistas del siglo XX (Malraux), pasando por presentadores de la trivialidad (Jean d'Ormesson), observadores de la incoherencia del mundo (Wolton) y hasta «mala y diabólica ralea» (Menéndez Pelayo). Y lo repito yo, que me he sentido siempre, desde hace ya más de treinta años, decididamente vocacionado por esta indiscutible «patrulla de reconocimiento de la Historia» (Jean-François Revel), por esta «bella máquina para el conocimiento y el poder» (Joseph Kessel), por esta profesión periodística que quema, rompe, a veces mata, agota y desespera, pero que, como afirmaba mi tocayo Camus, sigue siendo, si no la más antigua, sí la más hermosa del mundo.

A lo que íbamos: comencé a investigar la Historia del Periodismo alavés, vitoriano, al comienzo de los años 60, cuando me llegó la obligación de presentar una tesina de Grado de Titulación en Periodismo que conseguí en la madre de las Facultades de Ciencias de la Información: la antigua Escuela Oficial de Periodismo, de la que fueron saliendo, a partir de los años 40, todos cuantos protagonizaron el desarrollo de nuestra profesión en los últimos decenios. Escogí un tema que me resultaba próximo y querido: «Pensamiento Alavés», aquel periódico en el que publiqué mis primeros artículos, mis originales más vacilantes y probablemente al propio tiempo más ilusionados. Fueron más de doscientos ochenta folios de vellón, divididos en sesenta apartados y adornados hasta con conclusiones, así como con la obligada Bibliografía. Debí esforzarme lo mío, cuando el que indiscutiblemente continúa siendo —y que lo sea por muchísimos años...— el primer experto y estudioso en la Historia del Periodismo de esta piel de toro, mi entonces profesor José Altabella, me recompensó con uno de sus raros sobresalientes «sin reparos». Después, aquella tesina le sirvió, con permiso del autor, a Alfonso Carlos Sáiz Valdivielso para preparar el capítulo alavés de su libro «Triunfo y tragedia del Periodismo vasco: 1900-1939», y mucho

me temo que también ha servido para que alguna señorita vitoriana, periodista de poca palabra ella, fusilara pedazos u obra completa, ya que accedí a prestarle aquel trabajo como ayuda para otra tesina de supuesta maternidad suya ante la Facultad de Ciencias de la Información, y la verdad es que ni me lo devolvió ni volvió a dar señales de vida, tan joven, tan dinámica y tan seria como parecía ella. ¡Qué se le va a hacer...!

Posteriormente, yo mismo amplí considerablemente, hasta los cuatrocientos folios largos, aquel estudio sobre el periódico vitoriano que nació del «Heraldo Alavés» y tuvo un hijo llamado «Norte Exprés». Lo hice como trabajo académico para convalidar mi título de periodista, tan claro y tan hasta romántico, por el de licenciado en Ciencias de la Información, tan moderno, en la Universidad Complutense de Madrid, en cuya Facultad, por cierto, volví hace no mucho a encontrar al profesor Altabella, ya convertido en flamante catedrático, puesto en el que justamente se acaba ahora de jubilar.

El historiador Tomás Alfaro Fournier, a quien conocí, en sus últimos meses de vida, en el chalet que tenía por encima del actual Estadio y a dos pasos de la nacional hacia Madrid, nos adelantaba ya en su pieza maestra e insuperada «Vida de la ciudad de Vitoria» publicada en 1951 curiosamente en Madrid y por la Editorial Magisterio Español, que resulta prácticamente imposible encontrar diarios gasteiztarras anteriores a la segunda mitad del siglo último.

Refiriéndose al año 1850, Alfaro Fournier declara que «se puede decir que nació entonces la Prensa periódica de Vitoria, pues, si bien al terminarse la Guerra de la Independencia se publicó durante algún tiempo el «Correo de Vitoria» —no confundir, naturalmente, con el actual «Correo» que tiene Redacción en Pórtas 36, y que por su influencia, su volumen y tantos otros factores podría ser también perfectamente titulado «Correo de Vitoria»—, fue tan corta su existencia, ahogada por la reacción absolutista de 1814, que apenas se publicaron algunos números».

Así que mis caminatas por los archivos se iniciaron, forzosamente, con el propósito de buscarle antecedentes documentales a «Pensamiento Alavés», por las ya casi borradas colecciones de «El Gorbea», surgido en junio de 1880 como defensor acérrimo de las ideas tradicionalistas; «Diario de Vitoria» y «Crónica de Alava», ambos de comienzos de 1881; «La Concordia», fundado en enero de 1884; «El Alavés», fustigador de los periódicos liberales, creado exactamente el día 25 de octubre de 1887, dispuesto entonces a salir al mercado, con puntualidad, todos los martes, jueves y sábados del año; «El Anunciador Diario», de diciembre de idéntico año 87..., descubriendo al final unos curiosos ejemplares —el número 1, de 1878— de «El Anunciador Vitoriano», fuerista y posibilista, que solamente lanzó veintisiete números, y otros no menos excepcionales, fechados también en aquellos finales del XIX, de «El Demócrata Alavés», periódico republicano radical.

Y algo más sobre «El Alavés»: que su extraordinaria disposición a ver los días pares de cada semana se trocó, y para bien, por la de terminar apareciendo todos los días, excepto los domingos, a partir de 1895. El título de «El Alavés» no resultaba excesivamente original: un semanario carlista aparecido en 1859 lo había ostentado ya en su cabecera. Pero el título fue traspasado sin mediar documentos. Y «El Alavés» llegó a convertirse, gracias a sus inmejorables circunstancias, en el diario de Vitoria. Hasta el punto de que terminó transformándose, el 8 de enero de 1901, en «Heraldo Alavés», y aportó a la nueva empresa todo cuanto había sido suyo: los redactores, la maquinaria, los locales, los lectores fijos...

Con aquel «Alavés» convertido en «Heraldo», lógicamente, debí enlazar las publicaciones periódicas gasteiztarras que ocuparon espacio en los kioscos a lo largo de los siete primeros lustros del siglo XX, hasta entroncar en su trayectoria informativa con el diario que fundamentalmente ha ocupado —también los filatélicos y los numismáticos tienen que especializarse y concretar sus hobbies y objetivos...— mi tiempo, mis horas de investigación sobre estas materias: «Pensamiento Alavés». De esta forma, estudié sobre su propio papel, ya amarillento y en ciertos casos muy deteriorado por años y años de espera de ojos curiosos y manos de vida, ejemplares de «La Gaceta de Alava», «Heraldo Alavés», «La Libertad» y «Norte», apreciando en el tercero de esos casos, la verdad de las palabras del estudioso alavés Herminio Madinaveitia («“La Libertad”, el primer diario de verdadera enjundia, montado según las normas de la Prensa moderna», y —me permito añadir— abierto a todas las ideologías), y deteniéndome de una manera muy especial en el verdadero antecesor y padre de «Pensamiento...»: «Heraldo Alavés», aquel rotoplano nacido el 8 de enero de 1901 —curiosamente, nueve meses antes que «La Gaceta del Norte», de Bilbao, el decano de la Prensa vasca hasta que, por culpa de un empresario tan torpe como desconocedor del negocio periodístico, terminó, en el último otoño, por morir—..., aquel rotoplano, digo, que arrancó autoproclamándose «diario independiente» y «defensor de los intereses católicos y alaveses», y que vivió una treintena de años.

Profundizando, profundizando..., el Túnel del Tiempo me ha transportado hasta el año octavo del último siglo, y en ese punto juro que se me pierden ya del todo los antecedentes posibles y probables de la Prensa en Alava. En aquel año 1808, el 25 de agosto exactamente, quedó transformada en «Gazeta —con z— de Vitoria» «La Gazeta —con z también— de la Corte», un bisemanario que se imprimía aquí, y que nadie parece saber cuando nació. Pero se sospecha —a mí, que me registren: no lo he visto— que en los últimos años del siglo XVIII contó Vitoria con nada menos que un «Diario de Artes, Literatura y Ciencias», que editó Valentín de Foronda. Más claro está, desde luego, más diáfano, el hecho de que, durante la invasión napoleónica, la «Gazeta de Vitoria», controlada por la francesada, tuvo la mala suerte de no contar con vida larga

—a fin de cuentas, el porvenir nada seguro, el andar sobre ascuas, resulta algo consustancial con los propios inventos periodísticos, porque muchos son los títulos llamados, escasos los elegidos, todavía menos los que pueden presumir de centenarios, y, por lo tanto, turbamulta los que pasan, con honores o con baldones, eso sí, simplemente a la Historia...— ..., y dejó a los invasores, la «Gazeta de Vitoria», digo, sin periódico propio. Hay otro dato que nos surge desde la misma época: en el año 1811, Vitoria imprimía la Gaceta del Gobierno de Vizcaya.

Verdaderamente, nuestra provincia alavesa no tardó en acceder al disfrute —o al sufrimiento, según miren algunos...— de los medios informativos impresos. El primer periódico, o cosa parecida, de que se tiene noticia histórica fue el «Nieuwe Tijdingen», de Amberes, que comenzó a ser imprimido en el año 1605. Pero hasta bien entrado el siglo XIX no empezó la Prensa a adquirir sus características actuales.

Recordando unas palabras de María Dolores Sáiz («La aparición de un periódico en una sociedad supone un hecho decisivo para ésta»), nuestro Amigo, y de verdad, Juan José Ortiz de Mendivil ha concluido que las condiciones ideales, en ese mismo sentido, se dieron en Vitoria en el siglo XIX, antes en Alava (año 1880) que en el resto del País Vasco. La década del 60 al 70 de ese siglo resultó importante para el resurgimiento cultural vitoriano. En aquel año 60, Vitoria, la antigua Gasteiz, contaba con, habitante más, habitante menos, ocho mil almas. En 1871, según nos ha recordado Juanjo, eran ya 20.000. En el 85, 25.000. Y este, en palabras de Ladislao Velasco, «pueblo feliz y lleno de posibilidades para enfrentarse con nuevas empresas» logró, en nuestra provincia, una conjunción perfecta entre los adelantos agrícolas y los industriales. Le pido disculpas muy sinceras a Ortiz de Mendivil, compañero querido en las tareas de la Bascongada, por ir casi literalmente de su mano en estas descripciones, pero es que el cuadro que ha investigado y que presenta resulta tan gráfico como difícil de superar: Surgía, en aquel Vitoria, con fuerza, la afición a las reuniones, a las tertulias. Las botillerías se llenaban de ellas. Corrían las noticias. Se fundaban sociedades: en 1840, el Gabinete de Lectura, cuyo fin consistía en despertar el uso y la afición por la ídem, haciendo nacer hábitos de tolerancia y aficiones a la sociabilidad; el Liceo; la Minerva; el Ateneo Literario y Artístico; la Universidad Libre; la Exploradora; la Academia de la Observación; la Academia Cervántica; la Tertulia Democrática; la Sociedad Literaria... Todas ellas, todos ellos, en una ciudad de únicamente 25.000 habitantes censados. Todas ellas, todos ellos, en el XIX.

1888 marcó la salida de «La Ilustración Alavesa», y después pudieron contarse, simultáneamente, hasta once periódicos —¡ojo!: existen periódicos no diarios—, según las investigaciones de Ortiz de Mendivil, en esta ciudad, hasta que en el año 92 desaparecieron algunos y en el cambio matemático de siglo, en el 1900 rapado, «sólo» quedaron tres. Eran ya pocos, evidentemente, si tene-

mos en cuenta que nuestros bisabuelos y abuelos tenían el hábito de poder disponer de más... Aunque también hay que decir que aquellos periódicos y diarios del final de los años 90 del siglo último eran cortísimos en tiradas, ya que su media resultaba ser de 740 ejemplares, y el que llegaba a más no pasaba de los 2.000.

Vitoria, ciudad de curas y militares —¡qué bellos resultan ser los tópicos..., sobre todo, cuando los tópicos sirven a la verdad!— tuvo también por aquella época imprentas dedicadas a la producción de revistas castrenses: «Revista Militar», «El Soldado Español», por poner sólo un par de ejemplos..., aunque curiosamente la clase eclesiástica se conformó, boletines aparte, con practicar el Periodismo verbal desde los púlpitos.

Llegado el siglo XX, el quinquenio 1911-1916 marcó la vida y los milagros —escasos milagros...— de «La Gaceta de Alava» y «El Eco de Alava», diarios radicales de derecha, escandalosamente más intransigentes que los rotoplanos —no había aún por aquí rotativas en aquel entonces— que terminaron siendo los representantes típicos de la derecha y de la izquierda: respectivamente, «Heraldo Alavés» y «La Libertad»; este último, en opinión del estudioso Angel Martínez Salazar, quien acostumbra a investigar a fondo acerca de estos temas gasteiztaras, «el periódico de mayor enjundia y el más atractivo de cuantos han servido a nuestra ciudad». Tres años escasos vivió «La Gaceta de Alava», tras la que llegó «El Eco...», órgano de la rama jaimista, que siguió contribuyendo a marcar la que fue, ciertamente, la época más floreciente del Periodismo alavés; al menos, en lo que se refiere a multiplicación de publicaciones. Aparte de «Heraldo Alavés», «La Libertad», «El Eco de Alava» y «El Jaimista», salieron a la luz unos semanarios titulados «La República» y «Arabarra». De esa forma —aunque no de una forma absoluta; milagros, no...—, llovía a gusto de todos. O existían paraguas de todos los tamaños e ideologías. Y nadie se mojaba, a no ser en sus inquebrantables teorías y credos...

Epoca floreciente, como nos confirma un nuevo dato: en aquel año 1923, en los Talleres de «Heraldo Alavés» se imprimía otro periódico de la mañana, de título «El País Vasco», aunque no pudo sostenerse más allá de unos pocos meses. Está bien demostrado: cuando nacemos, hombres y periódicos sabemos bien que, temprano o tarde, terminaremos por morir.

ORIOI, UN EMPRESARIO DE MUCHOS KILOWATIOS

Y en este punto, después de tantos datos, de tantas fechas, de tantos nombres y títulos, el discursador debe centrarse ya en un apellido y en una cabecera: el primero, Oriol; la segunda, «Pensamiento Alavés». Porque pronto, tras esa etapa que describíamos con la ayuda, sobre todo, del serio investigador Juan José Ortiz de Mendivil, fueron desbrozándose las malezas, fue abriéndose el horizonte. De la sopa de letras se pasó casi al producto único.

En exactamente medio siglo, entre los años 1932 y 1982 —13 de diciembre de 1932: aparición de «Pensamiento Alavés»; 20 de marzo de 1982: fallecimiento, sin que actuara ningún médico de guardia, sin que la farmacia se encontrara abierta..., de «Norte Exprés»; esto es, dos cabeceras diferentes para un mismo producto informativo y de opinión—, en ese medio siglo funcionó la ya escasa Prensa vitoriana bajo la iluminación de un empresario de incontables kilowatios: Oriol.

Cuando José María Oriol Urquijo falleció, en noviembre de 1985, se produjo el último despliegue informativo, hasta ahora al menos, referido al clan Oriol, un imperio desarrollado básicamente en el sector eléctrico, y sobre el que las noticias, habitualmente, no abundan. Visiblemente favorecidos por el franquismo, después de haberle ellos favorecido a Franco, los Oriol siguen hoy manifestando con hechos y realidades su gran vocación eléctrica, y se sientan en los Consejos de Administración de Centrales Nucleares, Iberduero, Hidroeléctrica Española, Unión Eléctrica Fenosa, Siemens, Electra de Viesgo, Eléctrica Conquense...

Los Oriol, el imperio Oriol, permanecieron, como digo, estrechamente vinculados al único diario que sobrevivió en Vitoria hasta hace seis años, y lo hicieron durante ese completo último medio siglo. No se distinguieron, precisamente, por el aperturismo de sus ideas, en la relación que protagonizaron con ambos periódicos: «Pensamiento...» y «Norte...». No habrían podido hacerlo convincentemente, porque tal supuesta invitación a excesivas libertades ajenas habría, seguramente, originado estremecimientos en las cenizas de alguno de sus antepasados. Si los Oriol se han distinguido por algo, aparte de por su éxito en los negocios, ha sido por una mentalidad que convirtió en su día al que fue consejero y hasta presidente del Consejo de Administración de Económico Cultural Alavés, SA (ECASA), empresa editora de «Pensamiento Alavés», Lucas María Oriol Urquijo, en promotor de la asociación política Frente Institucional, os-

tentadora de dos lemas que no dejaban lugar a las dudas («Dios, Patria, Fueros y Rey» y «Libertad al espíritu de la Cruzada»), y que podemos pensar que justamente contribuyeron a la fugaz existencia de dicho Frente; por una mentalidad que, en el caso de la hermana de Lucas, Catalina, se manifestó en el acondicionamiento de un monasterio en el Cerro de los Angeles para las carmelitas descalzas seguidoras de la M. Maravillas, y llamadas por ello «Maravillosas»..., congregación que dirige la M. Catalina Oriol y cuyas Constituciones han asombrado, por lo antediluvianas, incluso a una Iglesia española tan escasamente proclive a los aperturismos: las «Maravillosas» han reestablecido preceptos que, por ejemplo, obligan a que una monja debe ducharse vestida..., por si las moscas. ¿Por qué incluyo ambas anécdotas, al estudiar esa penúltima etapa de la Prensa vitoriana?. Pues por la razón sencilla de que, a mi modo de ver, retratan bien unos modos de pensar familiares, una estrategia y un estilo. Y porque el padre de esa generación de Orioles, José Luis, el hombre que puso en marcha «Pensamiento Alavés», compartió pensamiento, esta vez con minúscula, con Mao Tsé Tung: «Después que yo muera seguirán mis hijos, cuando ellos mueran quedarán sus hijos y los hijos de sus hijos, y así indefinidamente».

Pues bien: otro amigo de esta Real Sociedad Bascongada, el joven profesor Santiago de Pablo, ha estudiado con toda la dedicación precisa la figura de aquel Oriol, José Luis, que era en 1918 diputado maurista por Linares, y arquitecto, y financiero, y empresario editorial, y que ya se sentaba en el Consejo de Hidroeléctrica Española. De Pablo cree saber bien, según en su día me dijo, que hasta 1931 no se le vio prácticamente a Oriol por Alava, una provincia que aún hoy, año 1988, a su hijo Lucas María le sigue pareciendo absolutamente no vasca. Doce palabras textuales, publicadas este último 30 de enero en el diario madrileño «Ya»: «Alava es riojana. ¿Qué tiene de vasca?. Sólo el valle de Aramayona».

El caso fue que José Luis Oriol se empadronó en Urcabustaiz, en Izarra, y pretendió el apoyo del Partido Nacionalista Vasco para convertirse en candidato en las elecciones constituyentes. Aquel Oriol, según recordó el conde de Motrico en noviembre de 1985, con motivo del fallecimiento de José María Oriol Urquijo, «levantó en Alava un bastión electoral de la corriente fuerista durante los años de la República. Era don José Luis —escribía Areilza— hombre de gran coraje y de notable independencia de juicio. Tenía un fervor auténtico por las libertades vascas que en las elecciones de 1931 sirvieron de plataforma unitaria a la llamada minoría vasco-navarra en las Cortes constituyentes». Aquel Oriol llegó a comparar al entonces muy joven alcalde de Getxo, José Antonio Aguirre, después primer lehendakari del Gobierno Vasco, con el legendario patriota irlandés O'Connell. Pero aquella unión de la derecha católica se deshizo con toda rapidez. El PNV no aceptó la pretensión de Oriol que comentábamos. Por ello, el padre de los Oriol Urquijo retiró su solicitud. Y el 6 de junio, exactamente veintidós días antes de las elecciones, presentó candidatura por la dere-

cha no nacionalista. Vencieron los republicanos, pero Oriol salió también elegido. Fundó Hermandad Alavesa, aquella misma Hermandad que después su hijo Lucas María —todos sus hijos han llevado, como segundo nombre, el de María— resucitó, con virulencias editorialistas, y con un ligero cambio de título: Solidaridad Alavesa, en los últimos meses de «Norte Exprés», cuando al frente teórico del diario andaba el catalán, ya fallecido, Santiago Griñó. Hermandad Alavesa agrupó a integristas, a derechistas independientes, hasta que en febrero de 1932 Oriol padre ingresó en la Comunión Tradicionalista. Comprobó entonces que le hacía buena falta un periódico por medio del cual poder pregonar las líneas y las aspiraciones de su política en Alava. «La Libertad» era visiblemente republicano. «Heraldo Alavés» se situaba en una derecha muy próxima al carlismo; allí estaban los Ajuria, los Fernández de Retana, los Salazar...

Un «pequeño» problema que encontró en el «Heraldo...» —simplemente, el hecho de que casi todos sus redactores eran confesadamente nacionalistas— lo resolvió Oriol, poco después, cuando decidió y materializó la compra, de un modo drástico: Lombana, Francisco Javier Landáburu —después, vicelehendakari del Gobierno de Euskadi—, Ruíz de Arbulo, Manuel Ibarrondo..., fueron defenestrados, y tuvieron que refugiarse en el seminario nacionalista «Arabarra» (reflotado, en una de sus difíciles y cortas etapas de existencia, el 24 de diciembre de 1932) y en la edición alavesa del diario «Euskadi».

Con participación de José Luis Oriol, de su hijo José María, de Gauna, de Guinea, de Elizagárate..., quedó constituida en febrero de 1932 la Editorial Tradición. Aquel 7 de noviembre, los problemas económicos estrangulaban a «Heraldo Alavés», que publicó su último número. Y el siguiente 13 de diciembre estuvo en la calle el primer ejemplar de «Pensamiento Alavés», y en la calle también acabaron, como decíamos, los redactores nacionalistas. Se abría, para el nuevo diario gasteiztarra, un período de exactamente 35 años de vida; vida marcada, en todo momento, en cada número, por la línea editorial del imperio Oriol.

Oriol le dio la vuelta a aquel periódico vitoriano, convirtiéndolo en un absoluto producto carlista. Para dirigirlo, hizo venir a Luis Ortíz Estrada, ex-redactor de «El Siglo Futuro», de Madrid, quien permitió que uno de los colaboradores, Gete, publicara en el número 7, el 21 de diciembre, un artículo que comenzaba nada menos que así: «De las cenizas aún calientes de «Heraldo Alavés», cual otro Ave Fénix, surge potente, enérgico y batallador, en pro de la santa doctrina, envuelto en largo y lindo traje, «Pensamiento Alavés»...

Pero quiero ahorraros, Amigos de la Bascongada, amigos míos, otros detalles, ya que, seguramente bastantes de vosotros habéis conocido aquel «Pensamiento...» que las malas lenguas decían que era un pecado venial, porque se trataba de un mal pensamiento, y que marcó durante esos siete lustros, mientras iban surgiendo las ediciones alavesas de los diarios de Bilbao y de San Sebastián, la vida ciudadana. Un servidor, a base de los dos trabajos académicos men-

cionados, podría seguir hablándoos durante horas sobre «Pensamiento Alavés», periódico en el que me inicié en esta tan santa como pecaminosa profesión, en el que dejé mis sudores de cinco años, y del que me marché en 1963 a «La Gaceta del Norte», para retornar luego, en el 69, al hijo de «Pensamiento...»: «Norte Exprés», en el que trabajé durante tres años largos. Aquel «Pensamiento...», mal o buen pensamiento, que en ese sentido opiniones bien contrapuestas surgirán, fue un órgano informativo fuertemente introducido en política —desde su enfoque tradicionalista, claro está—, que se situó sin pizca de sospecha en favor de las fuerzas llamadas «nacionales», cuando llegó julio del 36, que constituyó un vehículo típico para una ciudad levítica, que polemizó hasta el insulto con su colega «La Libertad», que salió técnicamente adelante con una rotaplana y tres veteranas linotipias..., que sirvió, más que a los propios y quizá siempre algo difusos intereses provinciales, a los bien definidos intereses de la familia Oriol y del resto de las familias —apellidos que están todavía en la mente de todos, y que no pudieron dejar de aparecer, lógicamente, en el Consejo de Administración de un periódico local y de derechas puras— que con el patriarca quisieron subir, en diciembre de 1932, al nuevo invento impreso. La línea pura fue línea dura, y se produjeron rebeldías, en favor de las libertades, en contra de las censuras, como la del querido amigo y compañero Agustín Arbex, quien, asqueado, aburrido, rompió entonces su carnet de periodista, con el que se había desempeñado con éxito en el madrileño «El Sol», y ya no quiso, para pena de nuestra profesión, recuperarlo nunca. Han pasado, desde aquello, cincuenta y tantos años ya, y, como conozco bien a Agustín, estoy convencido de que, si la ocasión se repitiera, volvería a actuar en idéntica forma. Fue, el suyo, uno de esos gestos que marcan la categoría de un personaje.

Cuando surgió «Pensamiento...», a nada que se le vió por dónde iba a marchar su andadura, el diario «Euskadi» escribió: «Parece que «Pensamiento Alavés» ha venido al mundo a combatir a los nacionalistas..., y lo hace maravillosamente». Se ve que también nació ese periódico para combatir al régimen republicano, porque solamente en un mes, octubre de 1933, su director, Ortiz Estrada, fue procesado ¡tres veces!, por haber publicado «artículos delictivos en contra de la República». A partir del momento del triunfo del Frente Popular, la línea del diario de los Oriol fue de nada disimulada preparación de la sublevación militar.

Con la maniobra de Oriol, con su rapidez en hacerse con las cenizas del «Heraldo...», al Partido Nacionalista Vasco le voló la oportunidad que andaba persiguiendo: hacerse con un diario en Vitoria, la única provincia vasca que no poseía periódico peneuvista. Tuvo que conformarse con la revista «Arabarra», órgano proclamado del Partido, que había nacido el 12 de enero de 1912 y que protagonizó una existencia marcada siempre por un síndrome de Guadiana: de semanal sobre el papel pasó a ser quincenal; el gobernador civil de Alava le prohibió publicar artículos en euskera; desapareció en agosto de 1913; reapareció en octu-

bre del 18; retornó en mayo del año siguiente, pero tampoco duró nada; tardó tres años en reaparecer: el 3 de junio de 1922, inicio de un período en el que publicó sólo veinticuatro números; su cuarta etapa se inició en 1931, en vísperas de la proclamación republicana; aguantó hasta marzo, y volvió a los kioscos el 24 de diciembre de 1932, editado por la Juventud Vasca vitoriana, la cual consiguió mantenerlo hasta mediados de 1933, momento aquel en el que definitivamente murió. Pero más corta vida tuvo, bien mirado, el semanario autonomista «Bandera Vasca», editado en Vitoria desde el año 1932 hasta el año 1933. Los nacionalistas no consiguieron su sueño de oro, y la Prensa alavesa, tan corta ya, vendió ejemplares bajo un enfoque bien diferente.

EUSKADI, UN PEQUEÑO PAÍS CON GRANDES PERIÓDICOS

En sus últimos tiempos, aquel tan entrañable como manifiestamente mejorable «Pensamiento Alavés» representó, a nivel de las provincias vascas y en comparación con sus familiares de rotativa, un papel de hermano pequeño y desamparado. Era un periódico para Vitoria, pero sus posibilidades y medios de edición no le permitían ponerse, ni de lejos, a la altura de sus colegas bilbaínos y donostiarras, que ya para entonces, y a partir de los años 40 — primeramente, «El Correo Español/El Pueblo Vasco»; después, «La Voz de España» y «La Gaceta del Norte» —, habían roto fronteras y desarrollaban un imparable dispositivo para enviar papel manchado de tinta a toda la región, a base de ediciones de cambio, singulares, específicas, así como del montaje de Redacciones vitorianas ciertamente tan nutridas como profesionales.

Y eso mismo fue, justamente, lo que «Pensamiento Alavés» trató en ciertos momentos, a comienzos de los años 60, de lograr: convertirse también en un periódico regional, en el diario de la tarde de la totalidad del País Vasco. A la hora de la verdad, a las 5 de la tarde, nunca se conoció tal invento, e incluso intentos muy posteriores (caso de «La Tarde de Euskalherria», que apareció en el verano de 1984 y no duró más allá de las tres semanas, con impresión en San Sebastián y ambiciones concretadas en kioscos de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya) fracasaron también.

Durante muchos meses, los responsables de «Pensamiento...» soñaron una fusión con «La Gaceta del Norte», superpotente entonces, ya desaparecido parece que para siempre, que en 1984 fue malvendido y terminó quedando desfigurado, pero que en los años 60 constituía un órgano de Prensa muy influyente y, a la vez, un magnífico negocio. Conocí el proyecto de forma muy directa, y parecía clara la posibilidad de que, cambiando la cabecera y pasando a rotativa, el miniperiódico alavés quedara convertido en diario regional para Euskadi y provincias limítrofes incluso. Al final, no pudo ser, nunca pudo ser.

«Pensamiento Alavés» únicamente llegó a convertirse en otro producto, de nuevo rostro, modernizado: «Norte Exprés». El último número de aquel periódico surgido el día de Santa Lucía del año 32 apareció el martes día 28 de febrero de 1967. A los treinta y cinco años, murió joven, con cuerpo de doce páginas en dos pliegos, y dirigido por quien también habría, con una pausa en los años 70, de gobernarlo a diario con nuevo título: nuestro amigo, mi amigo y querido

compañero Felipe García de Albéniz Beltrán de Heredia, alavés de la Llanada y mi primer director.

Como si ya no tuviera fuerzas para nada, aquel «Pensamiento Alavés» del último día de febrero salió del taller de Fueros pésimamente impreso. La noticia de su muerte, su propia noticia, no tuvo los mejores honores de portada, sino que el principal titular del escaparate decía así, a cuatro columnas: «Franco presidió en El Escorial los funerales por los monarcas españoles. El Jefe del Estado fue despedido con cálidas muestras de afecto». Un recuadro editorial, en lugar escasamente destacado, titulaba: «PENSAMIENTO ALAVES no saldrá mañana». Se reconocía la pluma de Felipe Albéniz en aquel comentario que concluía así: «Se trata únicamente de una despedida. Se trata del cambio de traje por otro nuevo. Se trata de que el niño pequeño se nos ha hecho hombre. Pero ese hombre sigue el mismo en su espíritu, en su fidelidad a los grandes ideales que mantuvieron en vilo y vibrante la difícil pero fascinadora tarea de hacer todos los días un periódico para los vitorianos y para los alaveses en general. Nosotros podemos decir hoy con orgullo: «Pensamiento Alavés» no se publicará mañana. Mañana saldrá a la calle, en su lugar, el nuevo «Norte Exprés». ¡Viva, pues, «Norte Exprés»!». ».

Conforme anunciaba su antecesor, «Norte Exprés» no tardó mucho en nacer: lo hizo al día siguiente, miércoles 1 de marzo de 1967, a primera hora de la tarde. Ya hemos dicho que Felipe G. de Albéniz —como él firmaba en la cabecera y sus artículos— seguía siendo el director. La empresa era también la misma: ECASA, Económico Cultural Alavesa, Sociedad Anónima. Y los locales. Y el franqueo concertado. Únicamente variaba el número del depósito legal...

Con seis columnas mejor impresas que las de «Pensamiento...», «Norte Exprés» empezaba publicando treinta y dos páginas en formato tabloide, utilizando una rotativa «Koenig-Bauer» del año 1941: precisamente, el último modelo que fabricaron los alemanes antes de enrolarse y enrolar a otros en la II Guerra Mundial.

Una gran foto de Franco —a quien le faltaban casi nueve años para morir, y que por lo tanto, aún aportaba méritos vitales y de poder suficientes como para que las primeras planas de los periódicos recogieran respetuosamente su imagen— ocupaba un cuarto de página de aquella primera de «N.E.». Era vertical y a tres columnas, y estaba situada debajo mismo de la mancheta roja. Los responsables del nuevo diario vitoriano la justificaban así: «Abre la primera página de «Norte Exprés» en su número inaugural la fotografía del Caudillo. Bajo su mandato, España ha experimentado un extraordinario progreso, una de cuyas manifestaciones más acusadas ha sido el de la provincia de Alava. Entre las realidades alcanzadas en nuestra provincia puede contarse la efemérides de hoy, en que se inauguran las nuevas instalaciones del periódico «Norte Exprés», que son como el anticipo de las que han de seguir hasta conseguir un periódico que

sea orgullo, no sólo de nuestra ciudad, sino del conjunto de la Prensa española». La foto era de la agencia oficial Cifra.

Un editorial titulado «Y ahora..., “Norte Exprés”», indicaba en sus líneas iniciales: «Ayer se publicó por última vez «Pensamiento Alavés». Hoy se prolonga su espíritu, sus ideales, en este «Norte Exprés» que se abre a la vida vitoriana y alavesa con la mayor de las ilusiones. Con la inauguración de las nuevas instalaciones de impresión, «Norte Exprés» se coloca a la altura del Periodismo del Norte de España. Lo decimos sin jactancia, pero con orgullo en la interpretación de que se trata de una obra alavesa, hecha por alaveses y para los alaveses».

«Efectivamente —proseguía el editorial, que esta vez sí que era firmado por el director García de Albéniz—, toda esta obra, la planta que se inaugura, la para muchos gigantesca rotativa que se ha puesto en marcha esta tarde, ha sido financiada por el pueblo alavés. Este pueblo sencillo, sincero, fuerte y sufrido, que, sin alardes ni alharacas, se lanza a construir una Catedral gótica, empresa indudablemente difícil, lo mismo que a la creación de un periódico, que es tarea tan dificultosa como la erección de una catedral... Creemos y queremos que esta obra sea orgullo de Vitoria y de Alava, en un acto de fe en nuestras posibilidades y como una demostración de confianza en el futuro del país».

Pero el hombre dispone..., y ya sabemos todos. El futuro de «Norte Exprés» resultó corto: sólo quince años de existencia. Quince años..., y algunos días de regalo. El 20 de marzo de 1982, tras constantes avisos y algunas recaídas en su delicada salud socio-laboral, le llegó la agonía. Para siempre, se marchó... Una desconexión dramática entre los puntos de vista de los empresarios y los de sus trabajadores (representados, estos últimos, por un comité de empresa nada intuitivo en relación con cuáles terminarían siendo las reacciones decisivas de los propietarios del periódico) provocó huelgas y paros, cierres y pintadas, octavillas y manipulaciones políticas. La línea derechista-españolista a ultranza marcada por el último presidente del Consejo de Administración de ECASA, el diputado aliancista Santiago Griñó Rabert, así como los editoriales repetidamente firmados —como os decía folios atrás— por Solidaridad Alavesa, motivaron unos fuertes boicots de un sector mayoritario de los trabajadores, y el final previsto del conflicto fue más duro que el que los pesimistas podían presagiar. Porque, tras días de cierre, el periódico gasteiztarra, único que se editaba en Vitoria, no volvió a abrir sus puertas. Fueron pasando los meses, y se llegó incluso a subastar la última máquina de escribir, y hasta hubo gentes que ratonearon por los bares del Casco Medieval cambiando por rondas de chiquitos el magnífico archivo fotográfico que había ido creando el no menos magnífico reportero que sigue siendo, y que nos dure, otro de los símbolos humanos del paisaje capitalino: Antonio Guallar. Hoy, ahora, ya, «Norte Exprés» no es cosa distinta de un recuerdo.

El recuerdo de un diario local que tuvo Vitoria y que Vitoria no ha vuelto

a poseer. Con sus más de doscientos mil habitantes de derecho, la actual capital administrativa de Euskadi, la sede de las instituciones políticas del País Vasco..., no tiene periódico propio. Y esto encocora de vez en cuando a los tertulianos, aunque a estos amigos profesionales de las tertulias que se ponen con el tema algo pesados les suelo preguntar: «Sed sinceros: cuando nuestra ciudad sí que tenía un periódico formalmente propio, impreso aquí, ¿de verdad que lo comprábais...?»

Y ahora es cuando quiero, aunque sea a gran velocidad, porque me empieza a apurar el tiempo, referirme a los otros periódicos de la región, a esos en su mayor parte buenos periódicos, grandes periódicos, que tenemos en el mercado autonómico los vascos. Provocar la polémica resulta sencillo: las ediciones locales alavesas que esos periódicos colocan todas las madrugadas en el mercado vitoriano y en las principales villas y pueblos de estos queridos 3.047 kilómetros cuadrados, ¿pueden y deben ser considerados Prensa Local? Personalmente, aunque existen opiniones para otros gustos, no me cabe ninguna duda de que sí. Obviemos, por favor, el pequeño detalle de que tales ediciones alavesas forman parte de estructuras confeccionadas e impresas fuera de aquí, en Bilbao o en San Sebastián. Porque lo cierto es que esas ediciones locales resultan ser, en la práctica, pequeños periódicos alaveses, algunos de los cuales no tienen, los fines de semana sobre todo, menos de veinte páginas dedicadas en exclusiva a nuestra ciudad y a la provincia. En volumen, desde luego, superan, por más del doble, el espacio que cualquier periódico netamente alavés —esto es, impreso en Vitoria-Gasteiz— ha podido dedicar nunca a las temáticas locales.

Aparte de ello, sostengo y defiendo la realidad de que los periodistas que preparan, escriben, diseñan, fotografían, sudan..., esas ediciones alavesas son paisanos nuestros, convecinos nuestros, y por lo tanto, conocen perfectamente las realidades y las problemáticas locales. Y lo único que diferencia el resultado de sus esfuerzos diarios del que ha podido ofrecer, cuando existía, una Prensa formalmente alavesa, es algo que yo echo muy en falta en las actuales ediciones: la editorialización a propósito de nuestras cosas. No se publican comentarios, y las opiniones quedan reducidas al último reducto, valga la redundancia, existente: las secciones especializadas de «Crítica» y las «Cartas al Director». Las ediciones alavesas de los diarios bilbaínos y donostiarras, añadidos locales a verdaderamente bien hechos periódicos —descartando los diarios declaradamente nacionales, la Prensa vasca, en mi opinión, es la más desarrollada y moderna del Estado—, esas ediciones locales, digo, informan hasta el detalle acerca de nuestros hechos, diaria y exhaustivamente, pero no opinan, por su propia cuenta, a propósito de nuestras inquietudes de comunidad. Si editorializaran sobre Alava y Vitoria, si admitieran artículos de opinión con o sin firma, si defendieran cada amanecer los intereses de esta provincia en la que venden muchos millares de ejemplares y a la que informativamente sirven sin fallos, esas ediciones locales quedarían convertidas en verdaderos periódicos alaveses, y nadie podría

utilizar ya en lo sucesivo una pregunta que algunos repiten hasta el tostón: «¿Por qué los periódicos que se ocupan de nuestras cosas no se «mojan» por Alava?».

Hacedlo, compañeros. Aprovecho esta Tribuna de la Bascongada, aprovecho esta ocasión de oro y orgullo que estoy viviendo, para animaros: no os conforméis, cómodamente, con informar sobre lo nuestro. Opinad sobre ello. Ya que no nos queda —ni vamos a tener nunca, me temo...— ninguno impreso aquí, sed vosotros nuestros verdaderos periódicos locales. Defendednos, hermanos..., que a esta provincia buena falta le hace.

Y UN FINAL PESIMISTA: NUNCA TENDREMOS ROTATIVAS AQUI

Difícil arte, el periodístico... Difícil negocio, el informativo... En nuestro entorno, a medios más potentes les ha ocurrido lo mismo que a los pequeños periódicos vitorianos: los enterradores les han sepultado sin piedad. «La Voz de España», «Unidad», «Hierro», «La Tarde de Euskalherria», «La Voz de Euskadi»..., se han ido. Y, con sus ochenta y dos respetables años encima, «La Gaceta del Norte», a la que debo dedicar una referencia más completa, porque estuve vinculado a la misma desde 1963 y porque fui, en Bilbao y para sus entonces siete ediciones, el último Director de sus únicas etapas homologables y serias: las de la responsabilidad de La Editorial Vizcaína, Sociedad Anónima. Aquella nuestra «Gaceta», en Vitoria con edición potente —después, por una serie de circunstancias y de personas, edición renqueante en todos los sentidos—, desapareció en mayo de 1984, y fue adquirida, con la complicidad de doscientos trabajadores embargadores, por una extraña sociedad, Erautzi, presidida por un no menos extraño individuo: José Antonio Fernández Bobadilla. En noviembre de aquel mismo año, lanzaron al mercado un subproducto titulado, lamentablemente, «La Gaceta del Norte», y pronto se vió que iban a terminar de capa caída, con la todavía aceptable tirada que el periódico anterior mantenía en mayo convertida en una nueva contabilización meramente simbólica. Nadie leía aquella nueva «Gaceta», que en el colmo del atrevimiento arrancó el viernes 6 de diciembre de 1985 con una —para no desentonar— extraña edición titulada «La Gaceta de Alava», anunciada en los pasquines como nada menos que «Un periódico independiente». «“La Gaceta de Alava” —decía ella misma— no va a ser sucursal, ni edición de ningún otro medio. Es un periódico en sí mismo, hecho desde y para Alava... Será un periódico puramente alavés». Demostraron tener rostro de cemento armado, porque, después de su proclamación de supuesta independencia, e incluso de escribir textualmente que ««Gaceta» no va a volar bajo ninguna bandera partidaria, y va a tener sus alas libres para seguir el viento que le impulse en libertad», se embarcaron en discutibles y, según se vió, nunca provechosas aventuras de vinculaciones políticas. Aunque aquel periódico del 6 de diciembre del 85 apareció fechado como «Año I. Número 1», y presumiendo en portada de domicilio gasteiztarra (San Prudencio 17, 1º), la verdad fue que sus informaciones continuaron siendo generales, idénticas a las publicadas en Bilbao, hasta el punto de que en aquel pretendidamente alavés «número 1» solamente se publicaban en portada una noticia alavesa, a 1 columna («En Nan-

clares dicen que no hay SIDA)), un rataplán de minillamadas locales a interior, y un anuncio de comerciante de la Plaza: Ortopedia Gúmer. Un desastroso resultado, en suma, para tan pregonados altos y buenos propósitos de aquella su puesta «Gaceta de Alava» que tampoco demostró poseer dotes para la futurología: «Frente a los grandes intentos de monopolizar y centralizar las informaciones —escribió en su primer número—, al igual que ya está surgiendo en los países más avanzados del mundo, el resurgimiento de la Prensa provincial es un hecho que nosotros vamos a contribuir a asentar». Está claro que no lo asentaron, porque el 17 de abril del año último anunciaron el final de su edición alavesa, el 18 no salieron a la calle —era fiesta de guardar: Viernes Santo—, y el 19 llegaron a Vitoria-Gasteiz los habituales ejemplares contadísimos, invendibles y por lo tanto invendidos, sin una sola información alavesa y bajo el título de «La Gaceta del Norte». Una cabecera —prestigiosa durante 82 años, desprestigiada en sólo menos de 3— que el 30 de setiembre de 1987 se marchó ya del todo y para siempre, en una atmósfera que el comité de empresa, buen conocedor y sufridor ya de las historias del presunto empresario Fernández Bobadilla, resumió así: «Estamos ante el hecho más oscuro de un periódico político en España en los últimos diez años. No hay registro de contabilidad, el dinero entraba y alguien se lo llevaba sin apuntarlo en ningún sitio...», palabras textuales publicadas el 2 de octubre en «El País».

La Transición, al final de la Dictadura, añadió dos periódicos vascos a los que la habían sobrevivido: aparte de «La Gaceta», «El Correo Español/El Pueblo Vasco» y «El Diario Vasco». «Deia» y «Egin», los recién nacidos, incorporaron páginas alavesas desde sus primeras fechas. Ambos tienen hoy casi once años. «Deia» pasó el 9 de noviembre de 1985 a un nuevo formato, y reforzó notablemente su paginación gasteiztarra. Por su parte, «El Correo», imparable en las cifras cuya seriedad certifica la Oficina de Justificación de la Difusión, acaba de estrenar en enero de 1988 nuevo columnado (en lugar de las seis de antes, cinco, con tipos de letra que aseguran una mayor claridad y limpieza en las páginas, y, por lo tanto, una más cómoda lectura), después del remozamiento y ampliación de su Redacción de Postas, obras realizadas a finales del año último, y de la creación de un despacho administrativo en la calle de Olagüibel. Con la página diaria de «Egin» —solamente una fija, pero trabajada a conciencia—, queda completo el cuadro de las paginaciones alavesas. Porque «El Diario Vasco» tuvo problemas con la edición especial que lanzó al mercado hace media docena de años —incluso, una prolongada huelga del personal de Talleres, en el barrio donostiarra de Ibaeta—, y, después de irla reduciendo gradualmente, terminó por suprimirla, dedicando en la actualidad su Corresponsalía exclusivamente a la información de carácter político referida a la labor de las instituciones que tienen sede en esta capital de la Comunidad Autónoma de Euskadi.

Jesús Timoteo Alvarez, profesor de la Universidad Complutense madrileña,

y a quien escuché en las referidas Jornadas sobre Historia de la Prensa celebradas en la Universidad del País Vasco, acaba de escribir en el «Anuario 1988» de «El Correo»: «Se está poniendo a punto en los últimos pocos años un producto, un periódico, en buena medida nuevo, cuyas características, aunque provisionalmente aún, podrían enunciarse como sigue: se trata de un producto electrónico con plasmación final en soporte papel; con capacidad para multiplicar ediciones y para simultanear ediciones a distancia, reduciendo los problemas de distribución rápida; con capacidad de regionalizar y llevar a niveles locales la edición, aproximándola al cliente; con una creciente especialización de las secciones, que buscan el análisis comprensivo y no la primicia informativa; con una creciente tendencia a la estratigrafía del mercado y a la consecuente tipología de los periódicos según respondan a una clientela internacional, nacional, regional o local; con tendencia a convertirse en el medio aglutinador de todos los demás medios, distribuyendo con ellos los espacios tanto en el organigrama del tiempo de ocio y de trabajo como en el de intereses y funciones: cada medio cubre y responde a intereses complementarios en tiempos distintos».

Pues bien: este nuevo periódico, que no intenta competir con la Televisión o con la Radio, sino ser intercomplementario con ambos medios, se está adaptando perfectamente a lo que conocemos como «sociedad de información». Y el citado profesor Alvarez proclama, muy solemnemente, que «Gutenberg ha muerto, pero los periódicos tienen por delante un tranquilo y prometedor futuro».

A finales de este febrero, acabo de participar, en la Universidad de Navarra, en el II Seminario Internacional sobre Diseño Periodístico titulado «La Prensa cambia de piel». Y en dichas sesiones de trabajo ha quedado claro eso mismo, y ello a pesar de una sorprendente declaración periodística de uno de los ponentes, el director gráfico del dominical londinense «The Sunday Times», Peter Sullivan, que quizá habréis visto publicada: «Dentro de quince o veinte años, el periódico actual impreso en papel no existirá, porque a través de los satélites se transmitirán las noticias para poder imprimirlas en el ordenador personal de cada casa». Esta opinión de Sullivan no es compartida por los restantes especialistas mundiales, los cuales indican que «el futuro de los medios impresos es optimista», que «es una gran mentira que los diarios sean víctimas de la Televisión», que «el futuro será mejor de todos modos, si hacemos periódicos más inteligentes y más serios». Con Gutenberg no murieron, evidentemente, los diarios impresos.

En este panorama, ¿por qué —suele surgir la pregunta— Alava y Vitoria no poseen lo que formalmente podría ser considerado como un periódico local, provincial, impreso aquí, cuando capitales limítrofes, con inferior población y mucho menor peso específico en los aspectos económico, cultural, social y político, sí que lo tienen?. Pues la respuesta resulta terriblemente sencilla: porque esas otras ciudades han conservado sus pequeños periódicos, porque no los han llegado a cerrar como hicimos los alaveses, porque no han malvenido, al kilo, el

hierro y el acero de sus rotativas... Burgos continúa imprimiendo su muy veterano «Diario de Burgos». Logroño, su antigua «Nueva Rioja», hoy «La Rioja». Pamplona, no sólo no ha perdido su «Diario de Navarra», sino que la desaparición de «El Pensamiento Navarro» la ha suplido con un nuevo producto titulado «Navarra Hoy», aunque éste, desafortunadamente, sigue bajando hasta extremos insoportables en ventas OJD y, por lo tanto, amenaza cierre. Voy a añadir una tontería solemne, si me lo permitís: si Vitoria-Gasteiz no hubiese cerrado su periódico, hoy lo conservaría, lo tendría. Es de cajón.

Y nos da envidia leer que «en Soria los periódicos no se llaman diarios, porque no lo son. Su nombre se deduce de cómo dividen la semana para aparecer en los kioscos: así, dos son trisemanarios, y uno bisemanal...». Soria, Amigos, continúa poseyendo tres periódicos, aunque no sean diarios... Pero es que en el mundo funcionan, viven, diez mil diarios, con una tirada colectiva que supera los cuatrocientos millones de ejemplares. Y del centenar que son editados en este Estado, que imprimen cada día tres millones largos de copias —setenta y siete ejemplares por cada mil habitantes, índice de lectura que puede parecer algo pero que sigue resultando uno de los menores de Europa—, de ese centenar largo, digo, no nos corresponde a los alaveses, no le corresponde a la capital administrativa de Euskadi, ni uno solo. ¿Estamos gafados...?

Más bien, estamos recibiendo los frutos de nuestra falta de interés, colectiva, por el tema. Porque realidades hubo, y murieron. Porque intentos ha habido, y se han quedado en nada.

En marzo de 1983, me tomé la molestia de solicitar a «Acopat», Consultores de Patentes Asociados, que realizaran una investigación en el Registro de la Propiedad Industrial, bajo la modalidad de marca en clase 16, sobre las denominaciones «Diario de Vitoria» y «Diario de Alava», y el resultado fue que tres marcas se encontraban legalmente concedidas, a saber: «Diario de Alava», de la que era titular desde junio de 1980 Santiago Griñó Rabert, presidente hasta el 82, como hemos dicho en su momento, de la editora de «Norte Exprés»; «El Periódico de Alava», marca concedida en setiembre de 1982 a Ediciones Primera Plana, SA; si no me equivoco, una de las editoras del Grupo Zeta, la cual, a raíz de la salida de «El Periódico de Catalunya» y «El Periódico de Madrid» (este último, fulminantemente desaparecido), registró a su nombre las cabeceras correspondientes a «El Periódico...» del resto de las provincias; y «El Correo de Alava», solicitada por Bilbao Editorial, SA —empresa propietaria de «El Correo Español/El Pueblo Vasco»—, a la que le fue concedida la marca en julio de 1982. Posteriormente, en 1986, Jesús Lazcano, director de Clarke & Modet, tuvo la amabilidad de comunicarme, sin cobro de servicios y enterado de mi interés por el tema, que otras dos publicaciones de la clase 16 habían quedado registradas a nombre de María Teresa Lázaro Núñez, domiciliada en Madrid, quien no es otra que la ex-mujer del en otros tiempos gran editor Eugenio Suárez..., señora cuyo segundo marido ha resultado ser el simpar Fernández Boba-

dilla, editor de la última y pobre «Gaceta». Dichas publicaciones se encuentran registradas en Propiedad Industrial con los títulos imaginables: «La Gaceta de Alava» y «La Gaceta de Vitoria».

Pues bien: ninguno de esos intentos —nadie acude por nada al Registro de la Propiedad Industrial, que no es precisamente una oficina con servicios de precio simbólico para el contribuyente, sino ciertamente costosos— fructificó, aunque también hay que precisar que, en el caso de «El Correo de Alava», no se trataba tanto de lanzar al mercado un nuevo producto como de proteger una cabecera que vende mucho en Vitoria-Gasteiz y en la provincia, para que no se la apropiara por nada. Porque recuerdo que en algún momento surgió, desde Bilbao, un listo que pretendió inscribir marcas con el título de «El Correo de...» en las provincias en las cuales «El Correo Español/El Pueblo Vasco» compite a diario en el mercado de la Información. También recuerdo que el listo en cuestión no trataba —no tenía capacidad...— de editar nuevos periódicos, sino de efectuar ante la empresa de «El Correo», Bilbao Editorial, SA, una maniobra de cesión de títulos —a veces, las empresas descuidan los formalismos del Registro de la Propiedad Industrial— que, lógicamente, habría representado unos buenos beneficios para el repetido listo. Está comprobado que aquí tenemos de todo...

Insisto en que intentos de imprimir aquí un periódico, en los años ochenta, y antes y después de fallecido «Norte Exprés», ha habido algunos. Yo conozco el de Felipe García de Albéniz..., y conozco, evidentemente, el mío propio, un proyecto en el que estuve embarcado, pero que, al final, por indecisión de sus promotores, de sus capitalistas, está bien claro que no salió.

Por educación, y por el afecto que a mi primer director personalmente le tengo, voy rápidamente a examinar el de Felipe. Es su tema, el tema que le mantiene tan joven y tan rápido como está, y que a lo peor hasta le impide dormir sin sobresaltos. Felipe García de Albéniz tiene realizados incontables estudios a propósito de la edición de un supuesto «periódico vitoriano», y pongo «periódico vitoriano» intencionadamente entre comillas..., imprimiéndolo fuera de aquí. Felipe ha conectado, a tales efectos, con empresarios periodísticos riojanos, burgaleses, navarros... Y, siempre que él y un servidor nuestro charlamos sobre el tema, llegamos al mismo punto de desacuerdo, que para mí, en la cuestión que nos ocupa, resulta ciertamente vital: «Felipe —le digo—: nunca podrás editar o dirigir un periódico local vitoriano, tan local como tú quieras, si lo imprimes fuera... Felipe: a tu periódico la va a faltar siempre la capacidad de preparación de planchas a última hora, la posibilidad de reacción ante noticias cerradas, bien avanzada la noche, o surgidas durante la madrugada. Y eso es lo que caracteriza, entre otros aspectos, a un periódico local, para distinguirlo de lo que ahora tenemos: las ediciones alavesas de unos grandes periódicos regionales, que son cerradas a tal hora, generalmente muy temprana..., aunque también es verdad que ahora, con la fotocomposición y el Periodismo electrónico por ordenador, las horas de cierre resultan ser más flexibles». Y le añado: «Felipe: tú nunca,

con un pretendido periódico local, podrás pasar por el bochorno de comprobar que uno, dos o los días al año que sean, invierno tras invierno, tus ejemplares no van a poder llegar a Vitoria, a los pueblos de Alava, en horas, o algún día en hora alguna, por culpa de la nieve que en esas ocasiones nos aísla. Felipe: y, además, va a resultar muy difícil, a estas alturas, competir en volumen y en agilidad periodística, en calidad y en firmas, con los periódicos cuyas ediciones alavesas son ya muy veteranas..., porque la economía de tu empresa será más flaca que la de ellos, por definición, y porque nunca podrás superar con tus ofertas, ni en número ni en nombres, las realidades de los otros...». Y muchas más cosas, claro, le digo a Felipe cada vez que nos encontremos e, inevitablemente, surge el tema. Veo las cosas así, así de mal, y soy muy sincero al expresarlas. A la vez que, naturalmente, tampoco pretendo estar en posesión de la verdad. Mi verdad, la mía, es esta.

Porque conozco también, por experiencia muy propia, otro proyecto que en el verano de 1981 surgió aquí. Se trataba de poner en los kioscos un diario alavés, muy local, muy nuestro, cuya Dirección me fue ofrecida. Conservo, como cenizas de aquel irrealizado proyecto, nada menos que tres documentadísimos informes, en los que quedaron recogidos todos los datos y detalles relativos a los aspectos gerenciales y redaccionales de aquello que se pretendía lograr. En otros dieciséis folios, asimismo, guardo los Estatutos de la sociedad que iba a ser creada, sociedad que, a pesar de las promesas y del pretendido entusiasmo de sus promotores, nunca llegó a quedar constituida. Por aquel entonces acababa de aparecer un diario con características similares a las que habría de tener el producto que dichos promotores alaveses pretendían: «La Voz de Córdoba», y hasta aquella mágica ciudad me desplazé, junto con quien, ingeniero industrial con experiencias confrontadas en impresión de periódicos, iba a ser el director técnico del diario vitoriano. Y mi informe, en diez folios, lo reflejaba todo también.

Con números sobre la mesa, sin echar ninguna campana al vuelo, siendo realistas, con los pies bien clavados en la tierra..., el proyecto resultaba rentable. Pero aquellos que en las tertulias capitalinas presumían de lo que iban a hacer por Alava se arrugaron en el instante supremo: la prueba de fuego de los desembolsos pecuniarios. La lengua marcha siempre, siempre, a mayores velocidades que el talonario.

Y..., ¿un cierto sucedáneo del diario local: una revista?. Pues mirad, Amigos: ya, a comienzos de los años setenta, la hubo. Se tituló «Resumen»; con apellidos, «Resumen Gráfico Alavés». Fuí su primer redactor-jefe, pero las presiones incalificables de algún pretendido benefactor y mecenas vitoriano, a quien yo soportaba en «Norte Exprés» entonces, lograron apartarme ya para el segundo número. Otros compañeros, con precisamente Felipe García de Albéniz a su frente, a partir de aquel número 2, prosiguieron el trabajo, pero «Resumen Gráfico Alavés» no logró pasar de su semana 14, porque los mismos pregonas-

dos mecenas y benefactores que dominaban en aquellos años importantes instituciones y entidades, consiguieron asfixiar, estrangular, la economía de la publicación, una revista tan dinámica como vitoriana, por el procedimiento bien patentado y está visto que infalible, de solicitar de sus amigos y paniaguados la retirada de la publicidad de marcas y firmas controladas por ellos. Fue, en conjunto, según recuerdo, una hermosa vergüenza, cuyos responsables tuvieron y tienen nombres y apellidos..., que no pienso, a estas alturas, publicar.

Mientras en otras capitales y provincias es tiempo, en estos momentos de iniciativas y de libertades, de nuevas revistas locales, de semanarios sobre todo — productos enormemente más fáciles de editar y mantener, al no serles necesario contar con talleres de impresión propios, ni con grandes rotativas—, aquí, en Vitoria-Gasteiz, en Alava, somos incapaces de conseguirlo. Y, prometiendo de una forma solemne que no voy a relatar ninguna otra batalla, ningún otro intento, me resulta forzoso desvelar un proyecto que, en ese campo de las publicaciones semanales, cierto grupo de empresarios, francamente creíbles por su potencia y por la comprobada marcha positiva de sus negocios, inició, también con un servidor vuestro, en abril de 1986..., total, anteayer mismo.

Fueron directos al grano: simplemente ocurría, dijeron, que ellos disponían de un primer paquete de cuarenta millones de pesetas para lanzar una revista semanal alavesa, y seguramente, seguidamente, otros productos periodísticos de una nueva empresa gasteiztarra cuya Dirección General me ofrecían. Me tocaron una fibra sensible: «Tú, como buen alavés, no puedes decir que no a un proyecto así...».

A lo largo de unos cuantos meses, hasta bien entrado aquel otoño, trabajé sobre el tema, movilicé imprentas, hablé con periodistas y con anunciantes y con agencias de publicidad, examiné locales para establecer la Redacción y la Administración de lo que llegaba, hice repetidamente venir desde Bilbao a quien considero uno de los mejores expertos regionales en gestión de empresas periodísticas..., y al final ofrecí al grupo empresarial, los resultados definitivos del estudio: con una razonable venta de 5.000 ejemplares, al precio de portada de 160 pesetas, una especie de «Cambio 16» o de «Time» o de «Spiegel» netamente alavés, impreso aquí, sin que a los publicistas tuviéramos que presionarles mucho (18 páginas previstas, en total, a un coste muy asumible por los anunciantes: 70.000 pesetas la página en negro y 130.000 las tres de color, completando a cinco tintas el pliego de portada), y con un centenar de páginas colocado en el kiosco..., ¡constituía un saneado negocio!. Los gastos generales, por todos los conceptos, alcanzaban los 87 millones 179.000 pesetas, mientras que los ingresos llegaban hasta los 91 millones 104.000 pesetas. Resultado precioso: el superávit de explotación era, restando, de casi cuatro millones de pesetas; exactamente, de 3.925.000. Y, encima, a mí, según les dije a los famosos promotores, no me resultaba necesario que desembolsaran los famosos 40 millones, sino que me conformaba, asegurando durante los tres primeros meses los

salarios de los diez empleados en plantilla y de todos los colaboradores, sin que el gerente tuviese que andar agobiado reclamando los dineros de la publicidad y de la venta..., me conformaba, digo y les dije, con catorce millones. Se quedaron sorprendidos, la verdad: «¿Sólo 14...?. Mira: por lo menos te vamos a proporcionar 25..., para que la empresa marche bien holgada».

Resumiendo la historia, de la que ofrezco detalles porque la viví y porque considero que son consustanciales con las tesis que vengo manteniendo en este trabajo «Dos siglos de Prensa en Alava»: al final, ni los cuarenta, ni los veinticinco..., ni los catorce millones. El promotor más promotor, el que más me había insistido en la viabilidad y en la necesidad del proyecto, me resumió también a mí, igual de descorazonado que yo mismo, lo que había ocurrido: «Todos mis compañeros —repito: grandes industriales alaveses...— estaban dispuestos a poner tantos y cuantos millones, pero, cuando les he comunicado que el proyecto se encuentra ya en marcha, que tenemos que financiarlo, que es preciso poner en el Banco, desembolsado, el dinero, han encontrado las más variadas disculpas: que en estos momentos les va muy mal, que tienen que volver a pensarlo, que a lo mejor un diario resultaría más rentable que una revista...».

Esta es la tropa, Amigos, con la que a los periodistas nos suele tocar pelear. Estos son los que gritan por la calle que resulta vergonzoso que Alava carezca de un periódico propio..., pero después no sueltan medio duro para evitarlo. Por eso digo que, a pesar de mi optimismo vital, que todos mis amigos conocen, soy, en este tema, definitivamente pesimista: nunca habrá ya una rotativa de papel/prensa en Vitoria, y nunca habrá ya, correspondientemente, un periódico, por definición, local. La última rotativa que ha llegado a España, una offset Harris 850-B, le ha supuesto a la empresa Lerner Printing el desembolso de 650 millones de pesetas, y esa misma sociedad se ha visto forzada a realizar una inversión complementaria de otros 450 millones para albergar la Harris con todos sus servicios también complementarios. Por menos de ochocientos millones, y encima para perderlos, para no rentabilizarlos nunca, por muy bien que marchen las cosas, no tendríamos, al costo de 1988, un periódico local aquí, y eso apuntando a un modelo modesto de instalaciones y de rotativa. Este no es un problema de fe y de esperanza, sino una cuestión que estamos forzados a analizar pragmáticamente. Si llegamos a la conclusión de que un diario no tiene que nacer a los pechos de una formación política, de que no debe defender los intereses privativos e interesados —permitidme la redundancia— de grupos de presión del signo que sean; si entendemos que un periódico ha de subtitularse «independiente», y encima serlo..., al menos para un servidor vuestro, para este periodista que os habla, está bien claro que los alaveses lo tenemos harto duro.

No me cierro a los milagros —me encantaría verlos...—, y os acabo de confesar, con hechos, que en este tema sigo siendo tan pichón que estoy convencido de que, si una nueva ocasión se produce, seguiré picando y haciendo, para editores fantasmagóricos, informes gratuitos. Y pido a Dios que me conserve,

no sólo la vida para picar una o muchas veces más, sino el entusiasmo para fichar por tales aventuras.

Porque el Periodismo es, a la vez que una de las más zorras, una de las más puras profesiones.

Y porque los periódicos, para quienes los hacemos y para quienes os mancháis con ellos las manos, representan, a la vez que desasosiegos y amarguras, formaciones, informaciones y entretenimientos.

Y porque nosotros, los periodistas, conocemos bien, sufrimos bien, cuáles tienen que ser los sudores para llegar al final de nuestra obra diaria: hacer un buen periódico. Lo explicó el «Times» londinense hace catorce años, a base de una serie de verbos, cada uno de los cuales presentaba una gran acción y la vida diaria dentro del periódico: «Hacer un buen periódico es fácil: Sólo hay que informar, percibir, planear, explorar, descubrir, investigar, buscar, calcular, desenredar, probar, analizar, edificar, comprobar antecedentes, buscar en las fuentes, evaluar, volver a verificar, sopesar, autenticar, sintetizar, perfilar, ponderar, apreciar, juzgar, reflexionar, predecir, elogiar, aplaudir, deplorar, testificar, avisar, explicar, desmitificar, clarificar, examinar, ilustrar, advertir, aseverar, asombrar, entrevistar, confirmar, corregir y publicar.

Amigos: ¡Muchísimas gracias!.

Ezkerrik asko, Lagunak, eta beti arte!.

BIBLIOGRAFIA

ABELLA GARCIA DE EULATE, Alfonso María. «Las otras especialidades forales de Alava». Vitoria-Gasteiz, 1972

ALDECOA ISASI, Ignacio. «El País Vasco». Madrid, 1962

ALFARO FOURNIER, Tomás. «Vida de la Ciudad de Vitoria» Madrid, 1951. «Una ciudad desencantada (Vitoria y el mundo que la circunda en el siglo XX)» (Obra preparada por Antonio Rivera Blanco) Vitoria-Gasteiz, 1987

ALONSO MARTINEZ, José. «Contando a Alava en Euskalherria» Vitoria-Gasteiz, 1982

APRAIZ, Emilio. «Una visita a Vitoria». Vitoria-Gasteiz, 1951

APRAIZ, Ricardo. «Medio siglo de Historia Vitoriana». Vitoria-Gasteiz, 1950.

AROSAMENA, Fausto. «El País Vasco, visto desde fuera». Zarautz, 1949

BELTRAN MARTINEZ, Antonio. «La ciudad y sus problemas monumentales». Vitoria-Gasteiz, 1965

CLAVERIA, Carlos. «La Prensa vasca» (artículo en la revista «Vida Vasca»). Vitoria-Gasteiz, 1961

GARCIA DE AMEZAGA, Angel. «Vitoria, aportación al estudio de su geografía urbana». Vitoria-Gasteiz, 1961

GONZALEZ DE ECHAVARRI, José María. «Glorias alavesas». Vitoria-Gasteiz, 1934

JAUREGUI, Marina; MORAZA, Eva; VITORIA, Isabel. «Guía de recursos sociales de Alava». Vitoria-Gasteiz, 1982

JIMENEZ FRAILE, Ramón. «“El Anunciador Vitoriano” a un siglo de su nacimiento: una aportación a la Historia del Periodismo Alavés». (Boletín Informativo de la Institución Sancho el Sabio). Vitoria-Gasteiz, 1978

LOPEZ DE JUAN ABAD, José Manuel; CAMPO, Angel María; IBARRONDO, Ignacio; ZARATE, Juan Antonio. «Dinámica socio-urbana de una capital». Vitoria-Gasteiz, 1965

MADINAVEITIA, Herminio. «Guía espiritual de mi tierra». Vitoria-Gasteiz, 1932

MAEZTU, Ramiro de. «La labor literaria de un periodista». Vitoria-Gasteiz, 1982

MARTIN ALCANTARA, Julio. «Itinerario poético». Vitoria-Gasteiz, 1950

OLLORA OCHOA DE ASPURU, Juan María. «Vitoria y su crecimiento, presente y futuro». Vitoria-Gasteiz, 1976

RUIZ DE ALEGRIA, Benedicto. «Alava: ¿cuál es tu Historia?». Medellín, Colombia, 1979

SAENZ DE UGARTE, José Luis. «Alava, pueblo a pueblo». Vitoria-Gasteiz, 1983

SAIZ VALDIVIELSO, Alfonso Carlos. «Triunfo y tragedia del Periodismo Vasco: 1900-1939». Madrid, 1977

TUÑON DE LARA, Manuel, y otros profesores. «La Prensa de los siglos XIX y XX: Metodología, ideología e información. Aspectos económicos y tecnológicos. (Prentsaren Historiari Buruzko Lehen Ihardunaldiak/I Encuentro de Historia de la Prensa». Leioa, 1986

VAL, Venancio del. «Calles vitorianas». Vitoria-Gasteiz, 1944

VELILLA BARQUERO, Ricardo. «Contribución al estudio del vocabulario alavés». Vitoria-Gasteiz, 1970

VIDAL-ABARCA ELIO, Alvaro. «Anecdótico secreto del iejo Vitoria». Vitoria-Gasteiz, 1976

ZURITA, Miguel. «100 años de Concierto Económico». Vitoria-Gasteiz, 1977

BIBLIOGRAFIA COMPLEMENTARIA

«ALAVA: Temas españoles». Madrid, 1957

«ALAVA: Publicaciones españolas». Madrid, 1964

«ALAVA: Revista financiera del Banco de Vizcaya». Bilbao, 1964

«ALAVA, AYER». Vitoria-Gasteiz, 1982

«ALAVA EN SUS MANOS». Vitoria-Gasteiz, 1982-1984

BOLETIN DE LA INSTITUCION SANCHO EL SABIO. Vitoria-Gasteiz, 1957-1981

BOLETIN MUNICIPAL DEL AYUNTAMIENTO DE VITORIA-GASTEIZ. Vitoria-Gasteiz, 1959-1987

BOLETIN DE LA SOCIEDAD EXCURSIONISTA MANUEL IRADIER. Vitoria-Gasteiz, 1961-1977

CATALOGO DE LA EXPOSICION DE LIBROS VASCOS CELEBRADA EN VITORIA-GASTEIZ EN 1935 (GRUPO BARAIBAR). Vitoria-Gasteiz, 1935

CONGRESO DE ESTUDIOS HISTORICOS. Vitoria-Gasteiz, 1982

ENCICLOPEDIA GENERAL ILUSTRADA DEL PAIS VASCO. San Sebastián, 1970-1987

KULTURA (Cuadernos Culturales de la Diputación Foral de Alava). Vitoria-Gasteiz, 1981-1985

NOMENCLATOR FORAL DE ALAVA. Vitoria-Gasteiz, 1979-1982-1983

PENSAMIENTO ALAVES. Vitoria-Gasteiz, 1932-1967

RESEÑA BIBLIOGRAFICA PARA LA PLANIFICACION SOCIO—ECONOMICA
DE ALAVA. Vitoria-Gasteiz, 1980

RESEÑA ESTADISTICA DE LA PROVINCIA DE ALAVA. Madrid, 1966

RESUMEN GRAFICO ALAVES. Vitoria-Gasteiz, 1970

REVISTA «GASTEIZ». Vitoria-Gasteiz, 1960-1961-1976-1979

SETENTA Y CINCO MIL AÑOS DE HISTORIA DE ALAVA. Vitoria-Gasteiz, 1978

VITORIA (Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz). Vitoria-Gasteiz, 1974-1983

VITORIA, 800 AÑOS. Vitoria-Gasteiz, 1981

PATROCINADO
POR EL GOBIERNO VASCO

